

do eléctrico me llenó los oídos. Estiré la mano y la detuve a pocos centímetros.

«Athos, Dhihsin, Kryella, Nismera, Farzar, Xeohr, Unir, Samkiel, concededme paso de aquí a Asteraoth». Vi que tenía lágrimas en los ojos. Echó la cabeza hacia atrás para mirar el cielo y se hundió la daga en el pecho».

Al recordar aquella noche, aparté la mano de un tirón. Todos creían que lo había matado yo, y yo les había dejado que lo creyeran. Eso me garantizaba la inmunidad con Kaden y su horda. Me veían como una amenaza, y ahora también Samkiel y los suyos. Poco se imaginaban que aquel recuerdo me perseguía.

Conocía de primera mano la expresión de Zekiel al hundirse el cuchillo en el pecho. La había visto en el rostro de Gabby y en el mío cuando luchaba por salvarle la vida. Era el rostro de alguien que ha perdido toda esperanza. Jamás olvidaría el sonido del puñal al clavársele en el cuerpo. La lágrima solitaria que se le escapó antes de que la luz azul brotase de él y estallase en el cielo me iba a atormentar para siempre.

—Le recomiendo que no los toque.

Su voz precedió a las tres siluetas que brillaron y se solidificaron frente a mí. Me brotaron llamas en las palmas de las manos, y sin dudarle le lancé una bola de fuego directa a la cabeza.

Samkiel esquivó la bola de llamas y la detuvo en el aire con un gesto. La hizo rotar unos instantes bajo la palma y, sin quitarme de encima aquellos malditos ojos grises, la extinguió con solo cerrar el puño.

No pude ocultar el asombro. Di un paso atrás.

—¿Cómo lo has hecho? —Mi voz era poco más que un susurro.

Samkiel... No, Liam. Kaden dijo que ahora lo llamaban Liam. Me miró, bajó la mano y dejó la otra en el bolsillo.

—Ahora que soy consciente de sus poderes estoy más preparado.

Tenía un acento muy marcado, otra señal de que venía de fuera.

Tragué saliva y admiré su nuevo aspecto. Se veía muy distinto. ¿Quién lo había vuelto tan atractivo? ¿Por qué era atractivo ahora? El

—¿No es el Destructor de Mundos? —insistí.

Zekiel levantó bruscamente la rodilla hacia arriba y me alcanzó en el vientre. Me doblé, y entonces aprovechó para liberarse de mi presa. Me atizó un puñetazo tan fuerte que me hizo salir volando. Caí de culo y de inmediato levanté la cabeza para no perderlo de vista.

—Athos, Dhihsin, Kryella, Nismera, Farzar, Xeohr, Unir, Samkiel, concededme paso de aquí a Asteraoth —gritó Zekiel.

¿Asteraoth? ¡No! Esa era la dimensión divina, más allá del tiempo y el espacio. ¡Mierda!

Me lanzó una última mirada de soslayo; tenía lágrimas en los ojos. Echó la cabeza hacia atrás para mirar el cielo y se hundió la daga en el pecho.

Tardé una fracción de segundo en ponerme de pie, pero ya era tarde. Apenas llegué a rozar el puño de plata antes de que torciera la hoja. Se quedó rígido, y se le iluminaron los tatuajes de la piel. La luz fluyó hacia el centro del pecho y estalló en un rayo azul, vibrante y cegador, disparado directamente hacia el cielo. Me volví de espaldas y me cubrí los ojos con la mano.

Cuando me arriesgué a mirar esperaba ver aún el rayo, pero lo único que había era oscuridad. Me miré la mano, y la hoja de plata que aún sostenía, ambas cubiertas de la sangre del hombre que ya no estaba allí.

—¿Qué has hecho?

Al girar la cabeza vi que Kaden me miraba fijamente desde el edificio en ruinas. Se apoyaba con una mano en la pared de la casa, y tenía la ropa revuelta por el forcejeo en la trampa mortal del círculo de plata. Lo que vi en sus ojos me hizo cuestionármelo todo, y me llenó de terror. Por primera vez en siglos, había miedo en ellos.